

ME ENAMORÉ DE UN TORBELLINO

Tenía seguridad y una choza construida milimétricamente perfecta, impenetrable, larga, que me heredó mi padre. Me cubría del frío, de la luz y de todos. Tus dedos se habrían perdido en ella.

Esta linda y brillante casa me mantenía a salvo y su fachada demostraba lo que yo era -tenía dentro una vida conmigo misma-. Cada día jugaba con ella, cuidando siempre que no se abriera por ningún rincón y fuera siempre compacta. Un sinnúmero de posibilidades de habitarla existía allí dentro.

Un día llegó el sol y con él una incomodidad extraña. Eran unas ganas desbocadas de salir de aquel lugar. Desde ese momento sentí que demoraba mucho tiempo arreglándola y eso me generaba malestar. Cepillaba sus paredes, abría y cerraba las ventanas, ponía pajaritos sobre ella, movía todo. Parecía no poder controlar los sucesos allí dentro y la vi lejana.

Bastaba con un viento suave y todo mi trabajo se iba al carajo, entonces pensé en buscar ayuda. Fui volando a mis amigas, subí la montaña y encontré a mi novio. Incluso toqué a la puerta de mi madre, pero nadie quiso involucrarse; todos pensaban que era mejor no arriesgarme a perder lo que tenía. Fue entonces cuando decidí que yo misma debía buscar las herramientas para transformar la fachada del lugar que habitaba.

Caminé por mundos vecinos en la búsqueda, brinqué alto, vi cómo y con qué podría hacerlo mejor. Hallé por fin una caja redonda llena de artefactos extraños; los pocos que reconocí parecían demasiado peligrosos, otros eran gigantes y yo no podía cargarlos.

Cansada y llena de polvo, encontré en el fondo unas tijeras brillantes de color violeta que entraban en mis dedos como anillos hechos a mí medida. Ellas parecían darme la solución, sonreían sin reír. Y con toda la tentación de no saber a qué me llevarían, las tomé sin pensar en el futuro por primera vez, y recogí los hilos que la estructuraban con un fuerte lazo de todos los colores. En ese momento accioné aquel mágico y brillante objeto.

Me costó esfuerzo que las tijeras hicieran su trabajo, pues fueron años de alojamiento y una densa maraña que me revestía. Mientras los dientes plateados de mis tijeras violeta se abrían y cerraban -parecían morder con ritmo de tic-tac una hebra a la vez- yo escuchaba cómo se iban rompiendo las fibras que tejía día a día. Pensaba en el tiempo y me temblaban las rodillas, pues aquel instante tenía como fin despedirme de mi linda y ahora molesta melena. Por fin llegó el momento y con ella cayó al infinito un gran trozo de mí que giró sin parar hasta que no lo vi más.

Vino a mi estómago un huracán agobiante y en mi cuerpo pequeños pellizquitos me desequilibraban. Lloré, lloré sin parar, pues sentí pánico.

Moví la cabeza y un enorme peso se había ido, pero también con él la casa que creí tener. Un poco mareada me senté dentro de la caja en la que encontré las tijeras para que nadie me viera. Al poner la cabeza contra la pared vi un objeto que tenía un marco muy lindo y dejaba ver en su interior algo de lo que había alrededor. Esto me llenó de miedo y angustia, lo levanté y luego de respirar profundo lo puse frente a mi ¿Qué soy ahora?, pensé, ¿en dónde estoy?, me pregunté. Y no había respuesta alguna.

Vino a mi estómago un huracán agobiante y en mi cuerpo pequeños pellizquitos me desequilibraban. Lloré, lloré sin parar, pues sentí pánico.

Después de aquel torbellino, lo próximo que recuerdo es el amanecer. Sin embargo, no era capaz de saber cómo ni quién me había llevado a aquel lugar en el que había quedado profundamente dormida. Estaba cansada, me dolía todo, parecía que me hubiera golpeado la cabeza y hubiera quedado inconsciente. Corrí de la cama hacia mi espejo para confirmar que todo había sido un sueño. Poco a poco abrí un ojo, después el otro, estaba borroso y ambos se encontraban muy hinchados. Después de lograr enfocar me di cuenta de que fuera del sueño seguía existiendo aquella sensación, todo había pasado en realidad y ahora debía asumirlo.

En este momento ya era otra mi casa. Ya era más pequeña y no había vuelta atrás, debía encontrar otra cosa a qué dedicarme. A partir de ese momento todos me verían diferente, tal vez algunos pensarían que yo siempre fui así o que mi vivienda era muy desprolija. Afligida y con el corazón débil, respiré el aire más profundo y puro que pude, mojé el techo con agua fría y esperé recibir valor y abonar algo mejor para mi vida.

Me tranquilicé un poco, salí y a todos dije: “Remodelación programada” aunque por dentro temblaba.



Me fui viendo cambiar incluso de mobiliario. Se sentía diferente estar ahí, entraba la brisa con más facilidad y gracias a la fachada comenzaba a hacer parte de juegos que me interesaban más. El desasosiego se fue desvaneciendo poco a poco y esa fue mi primera mudanza.

Decidí dejar de acomodarme en una sola casa, decidí viajar por mi misma y seguir caminando siempre hacia otras aldeas para descubrir zonas horribles y paisajes serenos que me acerquen cada vez más a aquel torbellino que tanto extraño.

Zetazeta es diseñadora gráfica e ilustradora con interés en investigación visual. Inquietudes estéticas por los procesos que tienen que ver con el pelo, desarrolladas en la experimentación individual y grupal. Actualmente hace parte del colectivo *El Pelúgrafo Itinerante* (elpelugrafoitinerante.com)

Página web / www.zeta-zeta.com